

PAZ O VIOLENCIA

Comienza el año con una apelación pontificia a algo que puede ser decisivo para el futuro de nuestro país y del mundo todo: la paz.

Pero la paz que no está hecha de palabras melifluas ni de sentimientos bienintencionados. Porque «la paz es obra de la justicia», como decía Pío XII.

Sin embargo, esta paz no es obra de una justicia cualquiera, de una justicia del «ojo por ojo y diente por diente»; a lo que añadía —hace pocos días— un predicador dominical que tampoco es la de «muerte por muerte».

El Evangelio, de una vez para todas, vino a destronar esa paz engañosa, obtenida —como dice Pablo VI— «como un puro equilibrio de fuerzas poderosas» (Mensaje a la Jornada de la Paz); o —como recuerda la Comisión Nacional Justicia et Pax— «esta justicia de la que nace la paz, no es solamente la que procede de la vigilancia de la autoridad legítima» (Reflexión Doctrinal sobre el lema «Todo hombre es mi hermano»).

El ánimo pacífico no será nunca resultado aquietador de la venganza ni de la vindicta. Del «quien a hierro mata, a hierro muere» no sale nada definitivamente satisfactorio para el hombre actual. La justicia que pide el Evangelio es muy otra: es la consecución del hombre íntegro, cabal, donde todo lo humano necesita tener cabida. No es un «toma y daca»; es una ampliación radical de la frase pagana «dar a cada uno lo suyo».

Porque para el cristianismo «dar a cada uno lo suyo» es mucho más que para el paganismo, porque descubrió aquél que el hombre es ante todo libertad: una dimensión nueva en la evolución humana.

De ahí que quien se conforme con un orden externo no consigue por eso un orden humano plenamente satisfactorio para el hombre. Hace falta que el ánimo pacífico surja de la intimidad satisfecha del que puede ejercer su libertad; y del orden que acepta, lo más perfectamente posible en sus estructuras prácticas, que los hombres «son libres, iguales en dignidad y derechos, y dotados de razón y conciencia» (Declaración de los Derechos Humanos, citada por Pablo VI).

Y conste que esto sólo es —a pesar de ser mucho— una conquista provisional; es una cima que la civilización actual ha conseguido —al menos en teoría—, y de la cual, como Pablo VI dice, no podemos retroceder. Pero hay que dar un paso adelante y buscar cimas más altas, y así evitar las causas que corroen la paz verdadera, que deben, de ahora en adelante, ser extirpadas de raíz.

Porque en nuestra sociedad de consumo occidental, «al aceptar la primacía de los valores materiales, hacemos inevitable la guerra» (M. Zundel, *El poema de la santa liturgia*). De esos valores materiales engañosos que se concretan en la sociedad actual en cuatro factores: 1) «la supremacía de los intereses económicos, con el fácil abuso de la explotación de los débiles»; 2) el «retorno al hábito del odio»; 3) la «vuelta a la competencia del prestigio nacional y el poder político»; 4) el «retorno al brazo de hierro de las ambiciones en pugna, de los individualismos cerrados... y los sistemas ideológicos» (Pablo VI, o. c.).

Si esto no se tiene en cuenta, los individuos y los países seguirán manteniendo «las discriminaciones sociales, raciales y religiosas». Y así «vemos resurgir la mentalidad de antaño: el hombre parece reafirmarse sobre sus posiciones, psicológicas primero y luego políticas, del tiempo pasado» (Pablo VI, o. c.).

Como afirma el Papa: «resurgen los demonios de ayer». Esos demonios —en el sentido griego de fuerza ciega, avasallante e inspiradora de nuestra conducta— que se fomentan con las raíces internas inducidas de la agresividad, del afán de lucro egoísta o del anhelo neurótico de seguridad individual. Porque quien mira a su pequeña ambición egocéntrica de hoy no puede abrirse a la fraternidad de mañana, la cual requiere crecer en el hombre y en su espontaneidad, en su posibilidad de participación y de solidaridad.

Esos «demonios de ayer», además, apagan «el deseo mayoritario de una vida pacífica y fraterna», y la esconden bajo «la exacerbación iracunda que no admite más diálogo que con los que previamente están de acuerdo con nuestros intereses,

con nuestro grupo, con nuestra clase social» (Com. Nac. Justicia et Pax, o. c.).

Aplicándole todo esto a nuestra sociedad española hay que decir, sinceramente, que «existen todavía entre nosotros excesivos desniveles que hacen pensar en discriminaciones raciales; situaciones reales difíciles de justificar, fruto de opresiones de unos contra otros, más o menos conscientes; es muy frecuente y fácil nuestra tendencia a la exacerbación iracunda, que no admite más diálogos que con los que previamente están de acuerdo con nuestros intereses y pareceres» (Arzobispo de Valencia, «ABC», 20 de diciembre de 1970).

Hasta ahora, esta ausencia de diálogo se había achacado, por el estamento eclesialístico conservador, a la influencia marxista; hoy, en cambio, este prudente y moderado Arzobispo lo achaca sólo a su ala más dogmática e idealista, de un lado, y del otro lo atribuye, por primera vez en nuestra historia reciente, a «la actuación de grupos reaccionarios, partidarios de la solución de nuestros problemas por la fuerza de los puños y la rigidez e intransigencia del poder».

Esta es parte de la confusa «geografía española de la fraternidad», de la que todavía deben extraerse otros problemas que debemos acometer, en este año que comienza, para llegar a la justicia humana plena y verdadera, potenciada en el Evangelio hasta niveles cada vez más perfectos.

«Las minorías disconformes... las minorías étnicas o lingüísticas... la masa innumerable del español despolitizado, de los que no quieren saber sino de sus vidas privadas», todos ellos «son importantes... para la edificación de nuestra fraternidad» (Com. Nac. Justicia et Pax, o. c.). Este es el primer cometido del diálogo que debe realizarse en la libre expresión y en la convivencia práctica en reuniones y libre asociación, que capaciten lo más posible esta tarea.

El segundo cometido será un Concordato entre Iglesia y Estado, adecuado a estas líneas, antes descritas, antidiscriminatorias, y en el que se dé «paso a una auténtica libertad religiosa, es decir, real equiparación de derechos para católicos, protestantes, indiferentes o increyentes» (Com. Nac. Justicia et Pax, o. c.). Porque hemos de dejar de considerar como «malos», de una vez, a «los que no aceptan que ser católico y español sea una misma cosa» (Com. Nac. Justicia et Pax).

Y no se olvide que estos módulos sociales deben entrar también en la estructura de nuestro catolicismo; porque hasta en la Iglesia tiene que darse el pluralismo y el diálogo, no la dureza rígida de la uniformidad o la exclusión de quien no piensa como uno.

Hemos de construir sin desmayo —católicos y no católicos— un español racional; no un español pasional movido por fuerzas emotivas, propias o inducidas, que es la carga que llevamos, en nuestro interior y en nuestra actuación, desde hace unos siglos, particularmente desde Trento.

Si el catolicismo influye en nuestra práctica, que sea por su apertura universal y no por su defensa de grupo con espíritu de clase de corta mirada, y con esas reacciones afectivas de autodefensa del clan, de las que todavía tenemos fuertes reminiscencias. Aquí en España tenemos entre nosotros protestantes o increyentes que desean ser españoles, y hemos de hacer más cómoda nuestra sociedad con ellos, nuestra solidaridad con todo hombre, de modo «que se supere toda injusta discriminación cultural, económica, social y, sobre todo, religiosa» (Com. Nac. Justicia et Pax).

Las palabras de estos tres documentos eclesialísticos, el discurso del Papa a la Jornada de la Paz, el estudio doctrinal de la Comisión Justicia et Pax y la Pastoral del Arzobispo de Valencia, deben dar qué pensar a todos, y, sobre todo, a esa mayoría de fieles que entraron en la Iglesia de España por el simple expediente de ser bautizados al nacer, sin más vinculación convencida. A éstos hay que avivarles su conciencia social, su conocimiento de esta confusa realidad de fondo que nos mueve a muchos españoles y que es preciso convertir, porque para ser cristiano debe «cambiar nuestra mente» (Mateo, III, 2).

Y quien no esté obrando —en este final del siglo XX— por esta paz y este tipo de justicia, sepa que está obrando a favor de la violencia, según el Papa.

MIRRET MAGDALENA